# NO CONFUNDIR

*No confundir. No confundir al que ocasionalmente escribía (no demasiado, porque la pereza le tiraba); al que de vez en cuando se apartaba de la ración diaria de tareas funcionales (despertarse, lavarse —no mucho—, vestirse de oscuras telas, enseñar francés a los niños, a sabiendas de que jamás aprenderían el mínimo necesario para entenderse en caso de exilio, tomar café, preocuparse por el funcionamiento del aparato digestivo); al que usaba bastón y se abrigaba más de lo necesario, porque en sus tiempos se llevaba imitar a la docta ancianidad; no confundir sus solapas llenas de lamparones, indicio de soltería o viudedad (es lo mismo); no confundir a don Antonio Machado con don Antonio Machado. Lo dijo, para que nadie se llamara a engaño, y hasta redactó el artículo, apócrifo por supuesto, que debería aparecer en las enciclopedias bien informadas. El no era así. Nadie es así ni asado, ni de ninguna manera fácilmente describible. Nadie es sevillano, ni poeta, ni profesor, ni liberal, ni hijo de su padre y de su madre. Es necesario no confundir. Probablemente hacía muecas, por las mañanas, delante del espejo, y prestaba su atención a los derrames usuales de la naturaleza, en los que se nos va el cuerpo cada día, sin funeral, sin que nos demos cuenta de que, poquito a poco, lo vamos sepultando. Probablemente comprendía que era demasiada la caspa que se acumulaba en la espalda de su chaqueta; pero sentía un olímpico desprecio hacia los cepillos y hacia las manos que los manejan queriendo disimular el desmoronamiento de la cabeza. Probablemente no creía en su cabeza (tal cada cual que la sienta verdaderamente sobre los hombros), ni en el socorro de las manos, ni en la eficacia de las cerdas de caballo o de topo o de cardencha o de puercoespín. Probablemente. Es casi seguro que no se reconocía en los cristales ni en las paredes. Los reflejos y las sombras son falaces. Es casi seguro que soñaba con mujeres desnudas: nos aventuramos a opinar que no del todo, que las mujeres de sus sueños usaban calzas negras y mimaban con guantes hasta medio*

*brazo. Somos hijos del tiempo que nos toca. De todas formas, a él lo debieron nacer antes, y quizá en otro sitio. Se hubiera encontrado más a gusto en los medios del diecinueve que en las revueltas aguas de un veinte que aquí, en España, según es consagrada costumbre, aún se proclamaban mansas pese a toda evidente agitación. Y le tiraban los campos secos más que los patios del sur con su fuente y sus agrios: él era partidario del olmo y de la encina. O no era partidario de nada. Se sentía a gusto donde lo pusieran. Sacando partido de los mismísimos descampados y hasta del arisco polvo que despedían. Con el amor tuvo, como casi todos, sus dificultades. Amar es como volverse loco: uno empieza por sentir algo raro y luego busca el recipiente donde volcar el sentimiento. Es frecuente no acertar. Pienso que a don Antonio se le quebró oportunamente el vaso. No nos podemos imaginar lo que hubiera pasado si no se hubiese roto, pero el caso es que se rompió, y don Antonio se puso triste (según cumplía), y escribió cosas muy tiernas, y se acariciaba el cuerpo los domingos, que era cuando no tenía que dar clase. Y pasó el tiempo —eso que él, como nadie, sentía pasar—. Una buena tarde (no se sabe de amores que hayan surgido con eficacia en la primeras horas del día) trabó relación con otro ser humano de signo contrario, que lo llamaba don Antonio, sin haber leído nada suyo, sin saber que tenía tan buenas amistades y que pertenecía a la generación del 98. Se le estaba cayendo un botón del chaleco. Le dijo: Ande, venga usted, que se lo voy a pegar. Y se lo cosió sin que él se quitara el chaleco, levantando la cabeza de vez en cuando, contestando como de broma a lo que don Antonio decía, echándole el aliento en la cara. Aquella noche, don Antonio aflojó todos los botones de sus chalecos, con objeto de que se los cosiera Leonor o Guiomar o como se llamara aquella bendita hembra que también le frotaba con gasolina las solapas, y llevaba un pañuelito en el bolso para aventar la caspa de las hombreras, y se interesaba por su salud. Se veían de tapadillo. Hablaban poco. No obstante, aquello daba bastante materia para escribir. Guiomar, Leonor o como se llamara acabó diciéndole «mi poeta». Eso de «mi poeta» llega mucho. Hay que ver lo que es para un hombre el que una mujer le diga «mi poeta», en voz baja, al otro lado de una mesa de mármol, mientras un camarero mira de reojo, en un discreto establecimiento de los que hubo hasta que se impusieron las cafeterías. Don Antonio no sabía qué contestar, pero luego, cuando estaba solo en su cuarto, daba suelta a todas las palabras retenidas, hasta quedarse dormido con su fiebre (si se había constipado de tanto abrigo) y soñar que era masón y que lo estaban despertando para darle su merecido los de la Santa Inquisición o los de*

*la Guardia Civil para ajusticiarlo en cuanto amaneciera* (en el mar de la mujer / pocos naufragan de noche / muchos, al amanecer). *Pero la guillotina, los curas... Por fin era de día, o casi. Era preciso escribir todo aquello, no fuese que se olvidara: en prosa, como Quintana hacía, y es posible que también como don Juan Nicasio Gallego, que los sueños se escurren como los peces, visto y no visto, tocado y no tocado; o se evaporan como el alcohol que se orea. Alguna vez tendría tiempo para volver sobre los papeles. Si no lo tenía, mala suerte para los papeles: él no iba a salir de pobre.* Maestro, en tu lecho yaces, / en paz con Ella y con El... *Le gustaba tumbarse, mirando la cal averiada que daba amenidad al techo del pobre dormitorio. Cuando se levantaba para orinar, gustaba de retomar las elucubraciones por donde las había dejado. Llamaban a la puerta: Don Antonio, que dice el alcalde que... (¿Cómo se llamaban los alcaldes que rigieron su vecindad? ¿Y cómo se atrevían a ahuyentar sus musarañas con intrascendentes recados?) Usted que tiene mano en los papeles, ¿por qué no escribe algo sobre la traída de aguas? ¿No se negará usted a pronunciar el pregón de las fiestas de la Patrona? No, don Antonio, no puede usted negarse, so pena de que lo llamen orgulloso y fatuo (y liberal, que es peor), y de que acaben diciendo que no enseña bien la lengua gala. No puede usted negarse. Se lo aconsejo: no se niegue. Usted es un bicho raro. No me contradiga, no. Se dice que usted confraterniza con las izquierdas: concretamente, con el interventor municipal, que es, además, adúltero y no oye misa. Don Antonio, se lo digo por su bien, escriba usted sobre eso del regadío. Pregone usted lo que haya que pregonar. Tampoco es mucho el sacrificio que se le pide: total, ponerse el cuello de palomita, estar tieso en un sillón durante hora y media y halagar a las hijas de los terratenientes, tan guapísimas ellas, con sus bandas color celeste y sus vestidos de organdí. Por eso no se va a demoronar su concepto de España. Pues sí que se desmorona, sí que se desmorona. El concepto de España es cosa que se puede desmoronar fácilmente. Menos mal que se rehace pronto, y uno se consuela pensando en el concepto de Etiopía (por ejemplo). Se marchaba el emisario del alcalde y se quedaba de nuevo con la mano en la mejilla, como si le fueran a hacer un daguerrotipo:* Tartarín en Koenigsberg *(que ahora se llama Kaliningrado). Ladraba un perro. No le gustaban los perros, porque son de un servilismo repugnante, y, además, muerden y se cagan por todas partes, a lo peor en la calle, y copulan de una manera ignominiosa, quedándose pegados a las perras cuando ya ha terminado todo, hasta que encuentran un alma benéfica que los libere. No le gustaban los perros. ¡La Humanidad sí que es interesante! Menos cuando se ríe.*

*La carcajada es cosa de monos. El hombre debe reducirse a la sonrisa. ¡Qué cursi es Meneses! ¡Hay que ver lo cursi que es! Opina que el camino de Mallarmée no lleva a ninguna parte. ¿Por qué piensa así de Meneses? Es él, don Antonio, quien se resiste a los experimentos, queriendo poner en ridículo al aristón, su víscera secreta, la que todos los escribas sienten latir, de vez en cuando, en el quinto espacio intercostal derecho. Los actores son los que carecen de aristón: por eso su amigo Ricardo Calvo jamás se llevaba la mano a la parte derecha del tórax cuando gemía aquello de* Ay, mísero de mí... *Leía. Leer es el medio de comunicación humana que tiene menos inconvenientes. También paseaba, y había conocido en París a Oscar Wilde (tan gomoso) y a Jean Moreas (tan rimbombante). También a Rubén Darío (demasiado bebedor y mujeriego). A él le gustaba pasear por España: Baeza, Soria, Segovia, Madrid... ¿Quién fue el general Arrando? Allí, bajo la advocación de este general, en el número 4 de su calle, tomaba el viento norte. Sobre la mesa de despacho tenía una ampliación fotográfica de la amada muerta, de esas por las que sienten dilección los porteros de fincas urbanas. Había, cómo no, una mesa de camilla, y olía a novela de Galdós. De pronto, parecía como si todos los españoles se hubieran vuelto locos. León Felipe y Rafael Alberti le decían con cariño: Márchese usted de aquí, que no está el horno para poetas consagrados. Y él, que no, que él no se iba, que aquello tenía que terminarse un día u otro. ¡Sí, sí, terminarse! Era noviembre cuando decidió hacer caso. Partió para Valencia, con su madre (y demás familia). No confundir. No huyó de nada. Simplemente huyó, huían, se convenció de que había que huir de algo, de que era responsable, cabeza de una fuga (¿por qué, por quién, adónde?), por nada, por nadie, hacia ninguna parte.* Mi madre y yo, a través de la revolución china. *Lo que hubiese querido tener, de verdad, era un parque sin jardinero, un jardín grande, lleno de hojas fermentadas, con árboles no talados, con careados bancos de piedra, cubiertos por los líquenes. La cosa iba en serio. Hay que reconocer que no estaba el país para jardines románticos. Rocafort, Barcelona, Torre Castañer, Barcelona, Gerona, Cerbére, Collioure... ¡Lo que hay que pasar! Miren ustedes: lo que hay que pasar en este mundo para llegar al otro, no tiene nombre. Este señor al que me estoy refiriendo no le había disputado ningún ministerio a nadie. No hay derecho a hacerle pasar lo que pasó, sólo porque le cogió el follón en Madrid y porque no creía, de buena fe, que tuvieran razón los militares. No confundir. El era un hombre honrado, un tanto dado a la poesía, eso sí, que suele tergiversar las ocasiones, por mor de la lucidez, a disgusto de los políticos. Pero hay que reconocer que no se metió con*

*nadie, que nunca usó más arma ofensiva que el aristón, cuyas lesiones aún no se constatan. Era tímido (¿era tímido o no?), era filial... Ignoraba que en Francia* (je suis, tu es, il est) *lo esperaba la muerte. Oiga usted —dijo la patrona—, no desprestigie usted mi casa; que el Hotel Bougnol Quintana es un hotel decente. Era verdad. El Hotel Bougnol Quintana tenía una proa como de barco que saliera al mismo tiempo de dos ríos.* Vamos a ver el mar. *¡Cuánto viento hacía en Collioure! Y la maldita fiebre que lo enreda todo.* (Estos días azules y este sol de la infancia.) *Le daría a la muerte su canción.* (Se canta lo que se pierde.) *¿Dónde estaba el verde papagallo de las postrimerías, el que tenía la obligación de airear su palabra en un balcón desvencijado, rebosante de sombra? Nadie sabía que era Miércoles de Ceniza. Doña Ana (su madre) dormía, y cuando despertó fue para volver a dormirse definitivamente. Oiga usted, ya le dije que aquí no debe morirse nadie. Se recibieron dos coronas y muchos telegramas. En vista de ello y de que doña Josefa de Arimatea, amiga de la dueña del Hotel, ofreció su panteón familiar, ésta cambió de actitud. Por lo visto, era un señor muy importante. Y usted que lo diga. No, si yo no digo nada. No confundir. (Estaba verdaderamente confundida.)*

*ALFONSO CANALES*

Martínez Campos, 1
MALAGA